

“La universidad no se salva sola, tampoco la ciencia”: entrevista con Hebe Vessuri¹

Por Juan Andrés Queijo Olano²

Recibido em 19/10/2017

Aceito em 20/10/2017

En agosto de 2016, la reconocida antropóloga Hebe Vessuri visitó Montevideo para ofrecer un curso en la Universidad de la República que llamó *Aspectos socio-filosóficos de la ciencia contemporánea*.³ En el mismo, con una puntería afinada, disparó contra los que han sido y son los problemas fundamentales en la construcción de la empresa científica en el siglo XX. En cinco lecciones se discutió sobre la concepción heredada de la ciencia, sobre los valores mertonianos, el paradigma kuhniano “a pesar de Thomas Kuhn”, la cuantimetría y las concepciones *Big y Mega Science*. Finalmente, este análisis histórico, social, político y, sobre todo, filosófico llevó a atender uno de los problemas que más ocupan y preocupan a la investigadora argentina: *el problema de la calidad en la ciencia latinoamericana*. De cierta forma, esta entrevista recoge la última preocupación antes mencionada y la sitúa en el contexto de las universidades públicas de nuestro continente, el espacio de mayor construcción de conocimiento que poseemos.

Poder encontrar una visión de largo plazo en lo que ha sido la construcción de la ciencia en América Latina resulta —ante la continua producción cuantimétrica basada en datos y fotos de la situación aislada de uno u otro país— un privilegio que vale la pena aprovechar. Vessuri puede brindar esa visión y, más aún, brindarla sin responder a una mirada específica sobre una ciencia. Su temprana formación en Inglaterra, dentro de la fuerte escuela antropológica que en Oxford llevaba adelante Sir Edward Evan Evans-Pritchard, pudo haberla guiado hacia un trabajo académico de excelencia dentro de un campo disciplinar, como lo era la antropología social—que para ese entonces no solo gozaba de una definición clara y establecida, sino que además contaba con una buena reputación académica—; pero, pese a contar con esas posibilidades, en sus inicios académicos la carrera de Hebe Vessuri se definió más por desobedecer y desoír ciertas estructuras disciplinarias que rigen las instituciones, y su vida fue marcada, como ella suele aclarar, por la forma autodi-

1 **Hebe Vessuri** nació en 1942 en Buenos Aires y realizó desde muy joven su formación en antropología en la Universidad de Oxford en Inglaterra. Continuó sus estudios en Canadá, y luego decidió volver a Argentina para realizar importantes y novedosos trabajos de investigación. Instalada la dictadura en Argentina, se exilió en Venezuela, donde se incorporó a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela; allí fue una vital protagonista de la creación del *Centro de Estudios del Desarrollo*, un espacio académico que fue fundamental para entender la discusión sobre ciencia, desarrollo y universidades hacia la década de los setenta. Desde ese entonces ha estado vinculada a numerosas instituciones educativas y políticas: en la Universidad Estatal de Campinas, en Brasil, como directora del Programa de Ciencias Políticas. Unos años más tarde fue jefa del Centro de Estudios de la Ciencia del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, desde 1992 hasta 2010. Allí fue la responsable de fundar el programa de posgrado en Estudios Sociales de la Ciencia. Actualmente es investigadora emérita del Sistema Nacional de Investigadores de México, así como investigadora principal del CONICET en el Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas CENPAT-CONICET. Este 2017 fue galardonada con el *John Desmond Bernal Prize* de la Sociedad de Estudios Sociales de la Ciencia.

2 Profesor de la Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República de Uruguay.

3 El curso fue organizado por el Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia, del Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, dirigido por la Dra. Lucía Lewowicz.

dacta de aprendizaje. Así, el cómo se acercó a los estudios sociales de la ciencia, a los estudios de educación superior, a la sociología, a la historia de la ciencia, todo tiene que ver siempre con un derrotero personal, individual, que fue moldeando en sus experiencias y responsabilidad laborales, y acompañando con una reflexión filosófica y conceptual que le permitieron convertirse en referencia en América Latina, en todos esos campos.

Para pensar queda ver cómo esta mujer de una generación latinoamericana emblemática, que buscó sentar las bases de una ciencia autónoma para nuestras universidades, supo construir y construirse académicamente inventando modelos de trabajo, de pensamiento y reflexión que son autóctonos, en el sentido de que adquieren su real significado en nuestro continente.

Esta breve entrevista tuvo lugar una tarde lluviosa, en una librería de la Ciudad Vieja de Montevideo.

Los procesos que se han dado en América Latina vinculados al desarrollo de la ciencia han cambiado mucho en muy poco tiempo, y me parece muy interesante poder estar conversando con alguien que ha sido testigo de todo este corto pero intenso mundo latinoamericano del desarrollo de una ciencia autóctona. Me gustaría comenzar preguntándole: ¿cómo fue que viviste personalmente este “movimiento” con esa generación de referencia que discutió e impulsó ideas y proyectos para el desarrollo de nuestra ciencia?

HV: La primera aclaración que me surge es que me considero una autodidacta en estos campos. Comí, bebí, digerí esos conocimientos yo solita, supongo que de una manera poco ortodoxa. No seguí ninguna escuela ni me enseñaron cómo era que las cosas tenían que ser. Hice mis propias inferencias a partir de mis propias experiencias de vida. En este sentido, me pasa que mucha gente me conoce ligada a “las políticas de educación superior”, otra como “historiadora de la ciencia”, como “antropóloga”, o como “socióloga de la ciencia”... como dicen, no eres “ni chicha ni limonada”. En realidad, las síntesis que vas haciendo de la comprensión de los fenómenos son un poco la mezcla de distintas experiencias, porque por contingencias, por accidentes de la vida, me tocó estar muy cercana a la transformación de la universidad, a los procesos de modernización de la universidad. Todo lo que tenía que ver con la nueva gerencia pública, el *New Public Management*...

¿Eso en Argentina?

HV: En América Latina. Yo me fui de Argentina, no precisamente de buena gana, en el 75. Al llegar a Venezuela, un país que se modernizaba rápidamente, con mucho dinero, y que recibía ideas de todas partes, empecé a ver un amplio proceso de modernización, más allá de lo que en Argentina había visto como propuesta en términos de una modernización conservadora: la idea de crear la institucionalidad para la ciencia, con la dedicación en tiempo exclusivo, todas esas cosas, pero hasta ahí. En Venezuela surge, tempranamente en relación con otros países latinoamericanos, la estructura formal del nivel de posgrado, dentro del ámbito de la vida universitaria. No fue la solución que después encontraron en Argentina, con estructuras ad hoc casi que financiadas por privados dentro de la universidad pública. No, en Venezuela fue todo parte integral de una política universitaria, una política que venía muy ligada a una política científica. Con Brasil yo tenía una relación bastante estrecha con Simon Schwartzman, que estaba en Río de Janeiro, y que era la autoridad en historia de la ciencia y sociología de la ciencia en esa época, años 70. Con él participé en varias experiencias que tenían que ver con las políticas de educación superior.

Entonces, en ese contexto, empecé a ser, en términos relativos, no un hombre público, pero sí una mujer que era consultada acerca de estas cuestiones. También, por razones de cercanía, estuve vinculada a la estructura de la UNESCO para el estudio de la educación superior en América Latina, en el CRESALC (Centro Regional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe), que después se llamó IESALC, centro regional de investigación sobre la educación superior de la UNESCO, ubicado en Caracas. Además, el Gobierno Venezolano me propuso para ser representante ante un organismo internacional y empecé a actuar

así en relación con institutos de la Universidad de Naciones Unidas; primero en un instituto que se había creado en Maastricht, Holanda, sobre nuevas tecnologías, para los países en desarrollo. Eso me sirvió mucho, fue un aprendizaje muy interesante. En la UNESCO he participado, desde los años 60, en diferentes comisiones, y pude ver cómo se maneja la política educativa, de educación superior. Siempre me interesó entender cómo la cuestión de la ciencia se da en América Latina, inserta dentro de los sistemas de educación superior. Es decir, la universidad no se salva sola, tampoco la ciencia: deben haber procesos de cambio conjuntos.

Como te decía, conocí en esos años la propuesta que se estaba desarrollando en Europa, de la nueva gerencia pública. Y una de las cosas que traté de hacer, en las cuales sentía que podía contribuir (porque en otras no me animaba, ya que no tenía la visión política y general), era estudiar a nivel micro cómo se estaban dando estos procesos. Y eso, recuerdo, lo rescató Simon Schwartzman como algo valioso en un artículo en el que decía que yo era una de las pocas personas que hacía estudios micro, concretos, sobre los procesos que estaban ocurriendo en universidades y en la ciencia en América Latina, porque estudiaba a los grupos de investigación instalados en el medio académico. Trataba de entender cómo resolvían sus problemas, cómo se vinculaban internacionalmente... Siempre me interesó saber *cómo* parte de la investigación científica que se hacía en la región, y que era en buena medida invisible para el ámbito internacional, lograba volverse visible. Cuáles eran las estrategias de los científicos latinoamericanos, y de otras zonas periféricas, para ganar visibilidad. La pregunta buscaba entender si esa visibilidad la ganaban solos, como científicos, o más bien se ganaba como países. Entonces ahí era apoyarse en gente como Amílcar Herrera, o Jorge Sábato, que hablaban de países, o incluso de cómo era posible salir al frente como región. Pero yo trataba de ver casos individuales, evidencias concretas que demostraban logros y fracasos.

La interfase entre educación superior e investigación científica me interesa hasta ahora. Porque esas distintas actividades siguen estando ubicadas en las universidades en el grueso de nuestros países, pero cambian las maneras de articularse.

Todos estos nombres a los que hacés referencia: Amílcar Herrera, Jorge Sábato, José Leite Lopes en Brasil... todos eran científicos... ¿Cómo fue que llevaron adelante estas discusiones en un mundo que todavía no tenía todo el campo disciplinar conocido hoy como Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS)?

HV: Jorge Sábato, Amílcar Herrera, Oscar Varsavsky en Argentina, Leite Lopes en Brasil, toda la gente en México: en muchos de los países de América había referentes desde la ciencia para todo este movimiento que Renato Dagnino bautiza como el PLACTS (Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología y Sociedad). Esta gente eran todos científicos que hacían buena ciencia y buscaban la pertinencia de su quehacer; encarnaron la idea de que el desarrollo científico era para contribuir al avance de sociedades concretas. Su compromiso con la ciencia en la sociedad lo vivieron fundamentalmente ligado a las políticas de ciencia y tecnología y esa ha sido una impronta que marcó el desarrollo de los estudios CTS que, como bien señalas, vinieron después.

Cuando llegué a Venezuela en el 76, primero que nada, era una antropóloga, y a lo que más me acercaba en cuanto a la ciencia y tecnología era con relación a las tecnologías agropecuarias, que era lo que había trabajado en Argentina, Canadá e Inglaterra. Entonces un día el director del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) donde trabajaba, me dice: “Mira Hebe, hemos decidido que vamos a hacer un posgrado sobre estudios sociales de la ciencia con Manuel Sadosky, que nos está asesorando, y te proponemos que seas la directora”. Y yo dije: “¿Qué?”... Ahí empecé a pensar en estas cuestiones, vinculadas con la ciencia y tecnología, y articulé una propuesta basada en Venezuela como país petrolero, la química, los químicos, las políticas públicas, la ciencia como cultura y las culturas de la ciencia, la implantación de tradiciones científicas en países periféricos como Venezuela, y decidí entrarle al tema por ahí; así armé esa primera propuesta de posgrado, que pretendía ir más allá de la política científica, al estudio social de la ciencia y la tecnología en la periferia latinoamericana.

Conocí a Amílcar Herrera en el 76 o 77, en una megaconferencia mundial que se dio en Viena sobre

la ciencia. Esta fue la última que se hizo hasta que a finales de los 90 tuvo lugar la que se hizo en Budapest. Y en esa conferencia de Viena estaban Amílcar Herrera y Francisco Sagasti, entre otros. Allí comenzó una larga amistad, pero hasta entonces no los había leído. Después fui metiéndome en las discusiones de ese grupo. Escribí mis impresiones sobre esa reunión en una nota que salió en *Interciencia*,⁴ y así fue que empecé a incursionar en el campo. Mi manejo de las políticas en ciencia se dio así, viviéndolas. Venezuela se había transformado en un laboratorio muy rico para la región, porque todas las novedades que aparecían en Estados Unidos y Europa se ensayaban rápidamente en Venezuela.

¿Cuál es la mirada que, retrospectivamente, mantenés con esa “oleada” de pensamiento que intentó vincular ciencia, desarrollo y universidad pública?

HV: Fue un movimiento que pasó por varias fases desde los sesenta... Fue mudando debido a las grandes transformaciones que se dieron, tanto en lo nacional como en lo internacional. Fundamentalmente fue una época de construcción de la *ciencia nacional*. *Ciencia nacional* en el sentido de crear grados de autonomía relativa en nuestros países, para determinar lineamientos y orientaciones propios. La gente se lo tomaba en serio, creía que era posible. Y había estrategias.

En esos tiempos de la conferencia mundial en Viena estaba de moda hablar del *selective de-linking* —que era lo que planteaban Amílcar y el grupo latinoamericano—, que era una separación estratégica, selectiva en el ámbito del mercado mundial. No era separarnos del mundo, sino argumentar que teníamos que lograr un grado de autonomía relativa. Y eso fue muy interesante, porque en el proceso se formaron muchas capacidades, se formó mucha gente, que creyó en eso, se trabajó en eso y permitió hacer políticas. Ahí empecé a ver algo que no tenía tan claro al principio, lo que era una contradicción en lo cotidiano: por ejemplo, yo estaba ligada al CONICIT de Venezuela, y era miembro del Comité de Publicaciones Científicas, y de lo que en una época fue la Comisión de Becas y luego fue Comisión de Investigación Social. Y ahí mismo veías la contradicción, porque por un lado en la Comisión de Publicaciones trajimos gente de Brasil, para que asesoraran sobre cómo mejorar los niveles de los editores de las revistas científicas (porque era todo muy artesanal); buscábamos profesionalizar el campo de la edición de las publicaciones científicas y estimular que las revistas mejoraran la calidad de los artículos, y los diversos componentes ligados a la producción científica. Lo que se intentaba hacer era defender las revistas científicas nacionales, porque eran espacios de debate únicos y privilegiados para temas de relevancia nacional; si había una política nacional que apuntaba a líneas estratégicas de desarrollo, ¿de dónde iban a salir esas líneas estratégicas si no era ventilando internamente una discusión, un debate? Pero por otra parte asistía a una Comisión de Becas, que era para que los chicos salieran a hacer posgrado afuera. Allí se les pedía que para competir publicaran en revistas indexadas, reconocidas en el ámbito internacional, y se consideraba que las revistas nacionales no servían de nada. Entonces, se ve cómo en el mismo CONICIT, en el seno mismo del órgano que desarrollaba las políticas para la ciencia, existían estas contradicciones.

Esa batalla, en buena medida, se ha perdido. En aras de avanzar en la modernización de los sistemas nacionales de educación superior, de tratar de mejorar la calidad de todo esto y de profesionalizar la investigación, lo que se puso adelante fueron las reglas “doradas” de la investigación, los criterios de los físicos súper-súper, y se olvidó la relevancia y la pertinencia de todo lo que tuviera que ver con una línea estratégica de desarrollo nacional. Entonces, aun queriendo corregir algunos criterios para mejorar las publicaciones, vimos que la cosa se nos fue para el otro lado completamente.

Con el tiempo fui haciéndome más consciente de que la ciencia no puede tener un solo patrón de evaluación. Hay muchas maneras de hacer ciencia; en esta etapa de la historia de la ciencia necesitamos diferentes formas de evaluación. Hay un núcleo de la ciencia para el que resultan sumamente válidos los criterios clásicos, gente que publica en *Science* o en *Nature*, y en otras revistas indexadas de corriente principal, y es buenísimo

4 Vessuri, H. (1979). Ciencia, Tecnología y Sociedad en vísperas de la UNCSTD: El Coloquio Internacional del ACAST en Viena. *Interciencia*, 4(6): 360-362, Caracas.

que eso suceda. Pero no puede ser ese el exclusivo patrón de medida para todo el sistema de producción científica. Sobre esto hemos escrito un trabajo⁵ que apunta a la calidad en contra de la excelencia, que un poco refleja la evolución que hicimos de toda esa reflexión, porque nos dimos cuenta de la importancia que tiene el desafío para nuestros países de elevar masivamente la calidad, lo cual implica mejorar significativamente la educación primaria, secundaria y terciaria. Cuando elevemos la calidad del sistema, podremos tener segmentos que puedan jugar a la excelencia. No parece razonable jugar nomás a la excelencia en las condiciones de nuestras sociedades, porque los genios salen solos y, en todo caso, es cuestión de darles una oportunidad, pero sí sería mucho más provechoso que mejorara la calidad general de nuestra ciencia y de la educación de nuestros países.

Eso fue un parteaguas en la ciencia latinoamericana que ha llevado a esta cosa loca de las formas de evaluación actuales tan burocratizadas, incluyendo a los consejos de ciencia, los consejos de universidad, que nada más ven a la internacionalización como objetivo *per se*. La idea de que “la internacionalización es buena, cualquiera que ella sea, y lo demás no sirve para nada” es una simplificación perversa de la realidad y de las posibles vías de avance de nuestras sociedades. Claramente, las cosas no son tan así. La propuesta es que se puedan definir distintas formas de evaluación en nuestras estructuras universitarias y científicas, porque necesitamos gente para distintas funciones y tipos de conocimiento científico.

La producción científica de nuestros países no puede basarse solo en la publicación en revistas indexadas internacionales. Hace un tiempo participamos en una valiosa iniciativa para la Universidad de Helsinki, que es la universidad pública de Finlandia. Era un ejercicio experimental en el que se evaluaba lo que habían hecho los grupos de investigación de la universidad en los últimos cinco años. Ellos mismos debían indicar *ex ante* qué tipo de evaluación querían que les hicieran. Había cinco tipos de evaluación. Algunos grupos que decían que estaban buscando el Nóbel, y consideraban que estaban más o menos cerca de lograrlo, querían una evaluación ligada a las veces que habían sido indexados por WoS o Scopus. Otros pedían, además, incluir otros índices por el tipo específico de temas en que trabajaban, y así siguiendo llegabas, no por orden de importancia, sino de interés, a gente que decía, sencillamente, “nosotros no publicamos nunca en revistas científicas”, porque algunos trabajaban en salud, sobre todo en enfermería; otros porque trabajaban con el gobierno, asesorando al congreso, a políticos, trabajando con los medios, etc... ¿Cómo evaluar a toda esta gama de grupos más aplicados? Se empezó a juntar aquellos elementos concretos que podían servir más adecuadamente para evaluar a unos y a otros. Y así se llegó a cinco categorías de quehaceres, de actividades, que requerían distintos instrumentos y criterios de evaluación. Entonces, aquellos cuya producción se expresaba mejor en artículos, en publicaciones de corriente principal, eran enviados al Centro de Estudios de Ciencia y Tecnología de la Universidad de Leiden, en Holanda, con prestigio internacional en la cienciometría. Con respecto a las otras formas de investigación científica, el compromiso fue que la Biblioteca de la Universidad de Helsinki hiciera la recolección de los materiales que los investigadores consideraban apropiados para hacer la evaluación de su producción y productividad. Y si bien resultó complicado como primer ejercicio, porque había resultados de todo tipo y era todo muy experimental, fue interesantísimo como experiencia y dejó muchos aprendizajes. Curiosamente, el eslogan que en la Universidad de Helsinki le pusieron al ejercicio fue algo así como “con la gente hasta la cima”. Yo me pregunto por qué ellos se animaron a hacer esos tipos de búsquedas y nosotros desde nuestra región no hemos podido hacerlo.

Parecería haber una tensión, histórica, que no permite poner en un mismo juego el conocimiento producido por las universidades junto con aquel pensamiento estratégico de las naciones... o al menos esa parece ser la gran dificultad latinoamericana.

HV: Por supuesto, pero creo que no necesariamente debiera ser así. Porque, en definitiva, en algún momento hemos fundado las universidades para construir la nación. Hay que buscar siempre las distancias estratégicas. Porque cuando se habla de la total libertad de investigación, hay algo feo ahí también, porque

5 Vessuri, H., Guédon, J. C. y Cetto, A. M. (2014). Excellence or quality? Impact of the current competition regime on science and scientific publishing in Latin America and its implications for development. *Current Sociology*, 62(5), 647-665.

los científicos estarían escabullendo su responsabilidad social. Pero cuando se les impone a los investigadores líneas muy cerradas o restringidas desde el Estado con la idea de que solo hay que hacer investigación “útil”, con definiciones estrechas o arbitrarias de lo que es “utilidad”, se corre el peligro de matar la posibilidad de tener una ciencia dinámica y creativa. Entonces, hay que conseguir distancias estratégicas, y claramente no podemos ser tan necios de negar que la ciencia se hace de maneras muy distintas, y para distintos públicos y problemas, y, por tanto, debe evaluarse respetando esas diferencias.

Puedes jugar en las grandes ligas y puedes jugar en la esquina de tu casa: ambas cosas son válidas y ambas pueden ser útiles para diferentes propósitos. El problema es la estratificación artificial y arbitraria que se construye, que se convierte en una barrera entre los buenos y los malos. Especialmente cuando a menudo los “malos” resultan ser los que hacen cosas útiles.

¿Crees que está el ambiente dado, en las comunidades académicas latinoamericanas, para que se dé una transformación de este tipo?

HV: Yo creo que hay mucha frustración, de mucha gente, por las características cada vez más sofocantes, cínicas y tontas del sistema. Gente que dice, no nos queda otra, no me queda tiempo para participar en nada interesante porque tengo que terminar un *paper*, etc., etc. Pero hay mucha gente que simplemente ha decidido no prestarle más atención al sistema, que no juega más el juego. El asunto es que si es demasiada la gente que llega a decir que no va a jugar más el juego, el juego se acaba. Tienes entonces que jugar otro juego. Mi esperanza va por ahí. Y como nada dura para siempre, pues la historia ha visto caerse imperios enteros, ha visto desaparecer cultura tras cultura y viene otra gente y se construyen otros mundos, otras reglas, también este sistema se mejorará o se empeorará. No sé qué vaticinio hacer respecto al futuro, pero sí podemos suponer que va a ser diferente.

Hay una creciente rigidez en el sistema que implica una visión de una ciencia transnacional, una ciencia que ya no atiende lo nacional, lo local. Yo creo que bajo el escudo de la concepción estrecha de la excelencia como el logro de tener publicaciones en el club de revistas del *mainstream* estamos haciendo mucho daño. No estoy hablando de populismo, de bajar la calidad, sino de mantener y mejorar la calidad, pero la calidad en serio y en forma masiva. Entonces es necesario pensar mejor el cómo evaluar. No a las evaluaciones que como científicos hemos dejado de hecho en mano de los Elsevier o los Springer, que constituyen un club de empresas ligadas a uno de los grandes negocios a nivel internacional. ¿Vamos a seguir dándole el poder y que ellos definan qué es la ciencia que hay que hacer? Este es un tema que me atrae bastante.

¿Pero hay condiciones para una alternativa? Porque pienso que la alternativa no puede ser tampoco aislacionista...

HV: Claro que no. Una cosa me resultó clarísima, apabullante, y es que no podemos perder calidad. Este es el riesgo que, me parece, puede estar pasando en Venezuela. Si antes se valorizaba la cuestión internacional de las revistas, ahora se valora de forma casi exclusiva algo que se entiende como “lo nacional”. Ambas dimensiones son necesarias y se estimulan recíprocamente. Esto quiere decir que ha habido muchos problemas respecto a cómo comprender *calidad*. Cuando la *calidad* se transforma en *pertinencia*, y la *pertinencia* se define de maneras muy opacas, o muy parciales, o muy sesgadas, entonces también tenemos problemas. Contra eso yo opondría el concepto de *robustez*: no me parece que muchas de las cosas que se hacen sean robustas. A veces son simplemente “políticamente correctas”, pero la corrección política no nos va a sacar del meollo respecto a un problema científico.

No podemos sacar una cosa que funciona para suplantarla por esto otro que promete funcionar. Lo que sí debemos es tener estrategias de avance, de salida, de seguir estando en el mundo. Holanda es mucho más amplia en las formas de evaluación que nosotros. Vimos que Finlandia también. Todo el mundo en Europa está buscando diferentes mecanismos y ya aplican distintos criterios. Se da el debate; hay resistencias, seguro,

pero a la vez hay una apertura para buscar salidas. Hace muchos años, Christopher Freeman hizo un trabajo para una asesoría a la oficina de Políticas de Ciencia y Tecnología de la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico) cuando era presidida por Jean Jacques Salomon, y decía algo así: “somos bípedos, debemos tener una pata en el terreno internacional, y otra en el nacional, local”. Nosotros debemos ser capaces de publicar y confrontarnos, de usar esos indicadores internacionales, tenemos que animarnos a publicar internacionalmente, en revistas buenas, en revistas de calidad, precisamente para poder dialogar en estos ámbitos, porque la ciencia sigue avanzando y el mundo se transforma. Pero también tenemos que procurar tener un ámbito nacional de debate, de discusión, donde fijemos metas que puedan ser alcanzadas. Y debemos poder medirnos en relación con los dos parámetros. Por eso y no por otra cosa siempre defendí las revistas nacionales. Espacios construidos nuestros, que los tenemos que cuidar, para que crezcan saludables, como lo fue en una época la extraordinaria revista *Ciencia Hoje*, que publicó por varias décadas la SBPC en Brasil.

Creo que tenemos que tener esa doble estrategia: medirnos con los indicadores que se usen en el ámbito internacional y no olvidarnos de las metas nacionales, en función de la autonomía relativa que nos habíamos fijado. Cuáles son las metas que consideramos importantes como país para mantener la soberanía. Creo que es por ahí que deberíamos apuntar. Indicadores de calidad y no de excelencia, porque la excelencia es un concepto elitista que no ayuda a nuestros países a crecer. En nuestros países no debemos jugar a la excelencia, sino a la calidad masiva, desde el kínder a la universidad y más allá.